

PALABRAS DE LA PRIMERA DAMA DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA, NOHRA PUYANA DE PASTRANA, EN EL ACTO DE PREMIACIÓN DEL II CONCURSO ECUATORIANO DE ORTOGRAFÍA

Quito, 7 de noviembre de 2001

Hace unos días, Valentina, mi pequeña hija de 5 años y medio, me dijo que quería tener en la casa un “mamífero doméstico de la familia de los cánidos, de tamaño, forma y pelaje muy diversos, según las razas, con olfato muy fino, inteligente y muy leal al hombre”.

Yo, por supuesto, quedé muy asombrada ante tan insólita solicitud, no tanto por lo que ella me pedía, sino porque no entendí a qué se refería con exactitud.

Entonces Valentina me aclaró: “¡Pero mami, lo que quiero es un animal vertebrado de temperatura constante, cuyo embrión, provisto de amnios y alantoides, se desarrolla casi siempre dentro del cuerpo materno, cuyas hembras alimentan a sus críos con la leche de sus mamas y que, además, emite con fuerza una voz más o menos parecida a la onomatopeya *guau!*”.

Cuando dijo “guau” por fin entendí que lo que me estaba pidiendo ¡era un perro!

“¿Y de dónde sacaste todas esas palabras?”, le pregunté. “¡Del diccionario!”, respondió ella con propiedad, y oronda se fue, como dice un conocido verso de una poesía infantil colombiana.

Por supuesto que esta historia es una invención, pues, aunque he inculcado a Valentina el amor por los libros y por el idioma que tanto bien hace a todos los niños y jóvenes, ella todavía prefiere jugar con sus muñecas antes que dedicarse a aprender las definiciones del diccionario. Pero nos sirve de ilustración sobre la inmensa riqueza que esconden las palabras de nuestro querido idioma español. Si para decir algo tan sencillo como “quiero un perro” se pueden usar tantos términos distintos, imagínense los que encontraremos reunidos y mezclados en todas las novelas, poesías y textos que se han escrito y que se siguen escribiendo en nuestra lengua.

Las palabras son un pasaporte a la libertad. Las palabras son como la casa de las ideas. Con ellas plasmamos nuestro mundo, expresamos nuestras emociones y compartimos nuestros pensamientos. ¡Qué bueno que las escribamos bien

para que podamos comunicarnos sin obstáculos los unos con los otros: los ecuatorianos con los colombianos, los mexicanos con los españoles, los venezolanos con los uruguayos, por ejemplo.

La ortografía está tan llena de matices que bien vale conocerla y estudiarla, como lo han hecho los 21 finalistas de las provincias ecuatorianas que hoy han llegado a la final de este II Concurso Ecuatoriano de Ortografía.

Les pongo otro ejemplo de la riqueza del idioma: Aquí en Ecuador, y en países cercanos como el Perú, Bolivia y Chile, el pisco es un licor muy tradicional y popular. Sin embargo, en Colombia y Venezuela así es como le decimos a los pavos, e incluso, en mi país, así llamamos también a las personas desconocidas o de poca importancia. Si uno ve a alguien que no conoce en la calle puede preguntar: ¿quién es ese pisco? Claro que si lo escribiéramos con “z” y no con “s”, el “pizco” sería más bien un pellizco en la piel o una pequeña porción de alguna cosa.

Así ocurre con muchas palabras. Por eso es tan importante conocerlas y saberlas manejar con propiedad.

Ustedes, niñas, niños y jóvenes de este hermoso y querido país del Ecuador, en el cual me siento como en mi propia casa, han aceptado el reto del idioma y han comenzado a recorrerlo con amor y admiración. Hoy los invito a que no dejen nunca de quererlo y de cultivarlo, porque una sola palabra puede ser el principio de un universo.

Ecuador y Colombia han sido siempre países amigos de la palabra y de la cultura. Por eso me siento muy feliz al haber sido invitada por la Primera Dama de esta nación hermana, doña María Isabel Baquerizo de Noboa, a compartir con ustedes esta Premiación.

Cuentan que cuando el científico colombiano Francisco José de Caldas viajó a Quito, a comienzos del siglo XIX, quedó tan asombrado con su cultura que le escribió lo siguiente al sabio alemán Alejandro von Humboldt:

“Yo no acabo de admirar cómo ha podido venir tanto libro a esta ciudad: apenas hay particular que no los tenga, y libros que no los pude ver en Santa Fe los he hallado aquí”.

Pues bien: todavía une a nuestros pueblos ese amor a los libros y al buen uso del idioma, y no concibo unión más hermosa que ésta.

El año pasado, en Cartagena de Indias, tuve oportunidad de recibir a los participantes de 20 países de Hispanoamérica que llegaron a la gran final del Concurso de Ortografía que he tenido el orgullo de promover desde Colombia. Allí tuve el gusto de conocer a Ana María, la niña del Ecuador, quien nos visitó desde su nativa Tungurahua. Hoy se está escogiendo un nuevo campeón ecuatoriano que irá también a Colombia, esta vez a Bogotá, a concursar por el premio hispanoamericano. Desde ya le digo que lo estamos esperando con los brazos abiertos para que comparta un tiempo maravilloso con nosotros y los demás participantes, y para que conozca la patria de Gabriel García Márquez, ese gran escritor que nos ha enseñado que las palabras también pueden ser mágicas.

Gracias, amigos del Ecuador, por invitarme a este hermoso acto. ¡Ya todos ustedes son campeones del idioma y de la vida!

Muchas gracias